



# Agatha Christie

LINA MARÍA AGUIRRE JARAMILLO

# y los misterios de la identidad británica

**E**l pueblo de Cholsey al sur de Inglaterra no aparece, por sí solo, en las principales listas de lugares más atractivos en Inglaterra. Tiene vecinos mucho más vistosos en todo el distrito de Oxfordshire, pero bien vale una visita. Le precede una larga historia, con rastros desde la Era de Bronce, pasando por asentamientos romanos (en lo que se llamaba *Celsea*) y daneses, también que conserva mampostería sajona que ha sobrevivido bien por siglos; un campo verde público extenso, *The Forty*, y tiene una parroquia, *The Parish Church of St Mary*, en la cual se han congregado cristianos desde hace más de mil años. Fundada inicialmente como la capilla de una abadía de monjas por el rey Ethelred II, soberano de los ingleses entre 978 y 1013 y entre 1014 y 1016, retiene el diseño normando cruciforme original con algunas adiciones de construcción y vitrales a lo largo de los siglos. Y allí, en la esquina hacia el noroeste, rodeada de árboles y flores silvestres, yace la muy célebre escritora Agatha Christie, Dama del Imperio Británico, cuyo nombre es, para millones de personas alrededor del mundo, símbolo de una idea de Inglaterra y del Reino Unido; y, más aún, también lo es para muchas personas nacidas y crecidas en aquellas islas que, actualmente debaten acaloradamente (dentro y fuera del salón del Parlamento) muy acendradas ideas sobre su identidad como individuos, como nación y como ciudadanos europeos —o no—. Mientras avanza el calendario hacia la fecha marcada de ejecución del llamado *Brexit* de salida de la Unión Europea y el espectáculo político abruma cada día desde Londres, una mujer

que supo observar con una agudeza prodigiosa a sus compatriotas toda la vida y que eligió, con su esposo, ser enterrada en el tranquilo cementerio de Cholsey, continúa siendo una privilegiada fuente de conocimiento e imaginación sobre la Gran Bretaña de 1932 y de 2019.

“Para muchos, Agatha Christie es la quintaesencia inglesa, tanto como hacer fila para pedir Pimm’s en Wimbledon”, escribía en 2018 la periodista Christine Ro en un artículo sobre cómo, en su opinión, la célebre autora “moldeó la forma como el mundo mira a la Gran Bretaña”. El torneo de tenis es famoso y el verano británico está ciertamente bañado en ese licor frutal ubicuo (que, personalmente hablando, tiene mucho más éxito del que su sabor amerita, pero ese es otro asunto), sin embargo para muchas personas la mencionada quintaesencia quizá esté contenida mejor en el té de las cinco, las galletas, la puntualidad, los buenos modales, todo mejor servido si es en una casita de campo mantenida perfectamente como en una postal. Ro acierta al explorar esa relación que para la legión de lectores internacionales es inseparable: Christie-Gran Bretaña, *Britain*. Aunque, la verdad, es que más que en Gales o Escocia, Christie es Inglaterra desplegada en las páginas de

sus más de noventa libros, los cuales suman un estimado de cuatro mil millones de copias vendidas (encabeza la lista siguiendo de cerca a William Shakespeare) y en cuyas páginas se encuentra recurrentemente un elenco muy reconocible de figuras que se inclinan ante los estereotipos muy bien contruidos y reforzados por la autora: el vicario amable, el militar fanfarrón, el abogado de portafolio en mano pero falto de fuerza, el médico “centelleante” como lo califica Ro, que siempre despliega luz y acapara la atención.

Se trata de ficción, y además del género novelesco de crimen, obviamente la autora se toma sus licencias (por ejemplo, casi no incluye *pubs*, los insignes bares británicos, como lugares de acción y, honestamente hablando, en realidad la campiña inglesa no está tan superpoblada de asesinos), pero hay mucho de testimonial entre las escenas que Christie describió tan vívidamente a lo largo de su carrera.

En el plano formal, uno de los aspectos que resalta es el uso de la auto-burla con la que los británicos enfrentan el mundo, una especie de arte de alquimia que mezcla en dosis exactas una capacidad de verse a sí mismos, a los demás, de una reticencia al alarde que a su vez deja entrever un cierto aire de superioridad y, por último, una dosis de autodefensa, porque quien se ríe de sí mismo, ríe mejor. *Self-deprecation*, empaquetada junto con ingenio en el uso del lenguaje, facilidad para el juego de palabras, ironía y sarcasmo como parte del acervo, y por supuesto, humor negro. Christie sabía de qué hablaba cuando creaba diálogos con este tinte. Toda la información sobre ella, incluyendo las biografías, incluyen esa faceta personal bien dada al humor, a la respuesta oportuna con un toque adicional de ingenio. Ella es, al fin y al cabo, la mujer que, comentando sobre su segundo matrimonio, con el distinguido arqueólogo e historiador británico Sir Max Mallowan, que era catorce años más joven que ella, afirmó: “un arqueólogo es el mejor esposo que una mujer puede tener. Entre más envejece ella, más interés despierta en él”.

Entre sus textos, algunas frases destilan ese ingenio con firma Christie: “Nunca haga nada usted mismo que otros pueden hacer por usted” (*The*

*Labours of Hercules*); “las mujeres pueden aceptar el hecho de que un hombre sea un despreciable, un timador, un drogadicto, un mentiroso consumado, y en general un cerdo, sin pestañear y sin que esto disminuya su afecto por el bruto en lo más mínimo. Las mujeres son realistas maravillosas” (*Murder in Mesopotamia*); “es realmente una vida dura. Los hombres no serán agradables contigo si no eres atractiva, y las mujeres no serán agradables contigo si lo eres” (*The Man in the Brown Suit*); “la gente joven piensa que la gente mayor es tonta, pero la gente mayor sabe que los jóvenes son tontos” (*Murder at the Vicarage*); “en medio de la vida, estamos en muerte” (*And Then There Were None*); “todo tiene que ser tenido en cuenta. Si el hecho no se ajusta a la teoría, deshágase de la teoría” (*The Mysterious Affair at Styles*) y, por supuesto, un apunte que resuena fuerte en el tiempo presente: “Sé que hay un proverbio que dice ‘errar es humano’, pero un error humano es nada comparado con lo que un computador puede hacer si lo intenta” (*Halloween Party*).

En el plano de fondo, de contenidos, sus novelas, catalogadas en inglés como *Whodunnit*, se desarrollan precisamente alrededor de la pregunta ¿quién lo hizo?, a la manera iniciada en los años treinta cuando el culpable es desenmascarado al final. Christie explora un complejo emocional entretejido de pasión, sexo, dinero, herencias, celos, venganza, religión, ambición; todo ello común a seres humanos de distintas nacionalidades. El acento inglés está en la forma como sus personajes transitan entre tales sentimientos y fuerzas, qué los impulsa y condiciona. Uno de los elementos que predomina es la consciencia de clase social. Por ejemplo, en *The Clocks*, un sirviente abre la puerta y recibe a los policías que investigan un caso. ¿Hacia dónde los dirige mientras llama a los dueños de casa? Los lleva hacia el comedor, no a la sala. Es un sutil gesto, pero claramente identificable en el contexto inglés: el sirviente conoce el estatus intermedio de los oficiales: no son caballeros ni son gente del común, entonces van al entremedio.

Esa Inglaterra de norte-sur, de escaleras arriba y escaleras abajo, de aristocracia, de clase alta, de clase media y clase baja con sus respectivas subdi-

visiones marcadas con precisión es una estructura de la cual se sirve la autora para subrayar rasgos personales, como la forma de hablar, la forma de tratar a los demás y de dar o no importancia a algo que resulta crucial en la historia, desde un *affair* ilícito hasta el cadáver en el armario. Además, de manera muy importante, es también parte de la estructura social contra la cual ella confronta a sus personajes con un sentido moral, porque ciertamente ella tenía creencias firmes acerca del bien y el mal, las cuales convierte en preguntas con hondo significado para intentar entender el proceder de los personajes, inocentes o culpables, y para que sus detectives, Monsieur Hercule Poirot y Miss Jane Marple, en sus respectivos casos, vean, con mayor claridad que los demás, las motivaciones reales que explican un suceso, por extraño que parezca.

Presunciones de bondad o maldad, de fuerza o fragilidad, de serenidad o impetuosidad asociadas a una posición social, son a menudo puestas a prueba por la autora, que también a menudo, favorece para “sus crímenes” el cómodo entorno de amplitud, elegancia, finos vestidos, distinguida vajilla, guantes, sombreros y pitillos para fumar entre copa y copa en el cual departen las clases más afluentes. No siempre es el mayordomo el culpable, pero la idea de que la pulcra, rigurosa y fiel mucama sería incapaz de cambiar la jeringa del medicamento por una dosis letal de veneno extraído de alguna planta del jardín, no es inconcebible; como tampoco lo es que la joven dama de sociedad, que se mueve con dulzura, sonrío sin esfuerzo y parece frágil como una flor al viento, se alíe con un pretendiente encantadoramente perverso para acelerar la muerte de un tío rico que intenta, angustiosamente, cambiar su testamento antes del último suspiro.

El otro acento inglés que rezuma en la obra de Christie es el de las actitudes ante todo lo foráneo y ante los extranjeros en general. Ella hace uso

del colorido abanico de estereotipos para escoger. Los franceses suelen mostrarse como impulsivos; los escoceses, ahorrativos; los australianos,

“Las mujeres pueden aceptar el hecho de que un hombre sea un despreciable, un timador, un drogadicto, un mentiroso consumado, y en general un cerdo, sin pestañear y sin que esto disminuya su afecto por el bruto en lo más mínimo. Las mujeres son realistas maravillosas”

muy simples; los estadounidenses, con dinero pero sin mayor cultura. Y sus propios compatriotas, isleños ligeramente ignorantes con prejuicios arraigados. De *Cards on the Table* suele citarse un pasaje que dice: “¡Todo inglés saludable ansiaba fervientemente darle un golpe!... Si el Sr. Shaitana era argentino, o portugués, o griego, o alguna otra nacionalidad justamente despreciada por el británico insular, nadie sabía”. Esa insularidad da pie a cuadros en los cuales personajes británicos fuera de su elemento (sea Egipto o Europa continental, o en presencia de primos americanos) se comporta excesivamente quisquilloso, suspicaz, aquejado por todo, desde el clima hasta el idioma que no entiende. La desubicación frecuentemente lo hace ver torpe y arrogante en igual proporción.

La autora, además, se permite retratar, no sin sorna, la escasa propensión de los británicos a trabar conversación con desconocidos. Un pasaje muy mencionado de *Triángulo en Rodas* es sobre una viajera inglesa que, oh sorpresa, “era capaz de hablar con extraños” apenas verlos, “en lugar de dejar pasar entre cuatro días y una semana antes de cruzar, cautelosamente, la primera palabra, como era la costumbre británica”. Los recelos también pueden ser avivados por la religión del extranjero no anglicano. En este sentido, el personaje del detective Hercule Poirot es toda una declaración de la autora: Él es un belga que tiene que corregir a menudo a quienes lo confunden con un ciudadano francés, es católico de camándula, tiene

su buen equipaje de mañas también —el caminado, el bigote, la higiene, el orden, la obsesión por la simetría, el inglés de gramática ligeramente alterada— y sus famosas y muy brillantes “pequeñas células grises” que a menudo contrastan con las de su amigo y muchas veces compañero de trabajo, Hastings, el capitán y caballero inglés, recto, cortés y bien vestido y sensato (excepto cuando se le ocurre dejar un caimán disecado en el apartamento de Poirot) pero a quien se le suelen dejar escapar los detalles claves que determinan la resolución de un caso.



De otro lado, está Miss Marple, que no es extranjera, pero con su carácter “muy inglés” también observa, desde cierta distancia, las ocasiones en las cuales los rasgos de personalidad de alguien le crean familiaridad o extrañeza entre los suyos. Ella es una mujer mayor, soltera, residente en una perfecta pequeña casa campestre en el pueblo *St. Mary Mead*, convertida en “detective accidental”. Tiene todo lo que se necesita para ser aceptada en un sitio como aquel que es un microcosmos de la sociedad en mayor escala, como escribe Anna-Marie Taylor en *Home is Where the Hearth Is (Watching the Detectives)*: “equilibrio, sentido común, ser razonable, ser simpática [sin exagerar], una noción de juego limpio y de tradición, y [no menos importante] una habilidad para la jardinería”. Sin embargo, al ser mujer, soltera y con el sombrero siempre tan bien puesto, la gente tiende a dudar de la perspicacia de sus observaciones y aquellos con dudosas intenciones, la pueden tener como fácil de engañar. Pero ella, en realidad, tiene una inteligencia, una capacidad de atar cabos y un arrojo para investigar —y enfrentarse a un asesino con un arma si es necesario—, que le son particulares.

Tanto la señora Marple como monsieur Poirot usan ciertas características que los ponen “fuera

de lugar” para actuar de forma no previsible y así pueden penetrar grupos de personas, participar en situaciones, examinar circunstancias, hacer indagaciones, preguntar lo que otros no se atreven y actuar entre extraños (posibles sospechosos) con destreza. El ser visiblemente distintos les permite también “invisibilizarse” para sus labores detectivescas. En el caso de ella, aprovecha que al ser mujer y mayor puede parecer muy inocente e inofensiva, y en el caso de él, con su rimbombancia continental y acento afrancesado, puede pasar como quien no habla en serio ni entiende bien a los británicos. En *Peril at End House*, cuando su amigo Hastings se entiende bastante bien con otro personaje, denotando su nivel

social, educativo y económico, Poirot, que alberga dudas sobre el caballero en cuestión, replica que obviamente parece provenir “de la escuela correcta, pero siendo yo un extranjero, estoy libre de estos prejuicios, y puedo hacer investigaciones sin esos obstáculos”; las mismas que, a la postre, pueden dejar no muy bien parados a veces a quienes, corbatín al cuello y cuchillo en la mano, tienen proveniencia de alcurnia.

Monsieur Poirot, el “hombrecillo” como inicialmente lo describió Christie cuando estaba haciendo los bosquejos del personaje, no teme aducir motivos melodramáticos a actos atroces, “porque también los británicos tienen emociones” y, en una ocasión, descubre a una envenenadora debido a que ha camuflado el tóxico en un alimento obviamente cocinado a la usanza británica: soso y sin sabor. Él revela mucho de lo que los ingleses creen que son y son en realidad, tanto cuando miran a los extranjeros acercarse a sus costas —como la misma autora vio en una ocasión, y se inspiró para crear a Hercule—. Por su parte, Miss Marple, la menuda mujer que va de falda y bolso señoreros, desvela también lo que los ingleses ven cuando se miran al espejo, su pasado de estabilidad y confianza, y su presen-

te de angustia ante el cambio y la incertidumbre. Es la postguerra y la vida en St. Mary Mead ha cambiado para siempre. El sentido de comunidad arraigada se va diluyendo rápidamente, y el cambio crece en cuanto se mueve unos kilómetros hacia pueblos más grandes y, ni qué decir, Londres.

En un pasaje de *A Murder is Announced* (1950) en donde aparecen varios impostores, Miss Marple sostiene un diálogo con el inspector Craddock, quien le advierte que no debe merodear por ahí, ya que su vida puede correr peligro. Ella le responde que las señoras mayores siempre andan por ahí entrometiéndose un poco, porque así pueden ayudar a establecer si “la gente realmente es quien dice ser” y prosigue:

Y esta es realmente la forma particular en la cual el mundo ha cambiado desde la guerra. Mire este lugar, Chipping Cleghorn, por ejemplo. Es muy parecido a St. Mary Mead, donde yo vivo. Quince años atrás, uno sabía quién era todo el mundo. Los Bantry en la casa grande, los Hartnell y los Price Ridley [...] Eran personas cuyos padres y madres y abuelos y abuelas, o tías y tíos, habían vivido allí antes. Si alguien nuevo aparecía, traían cartas de presentación [...] un extranjero se notaba, todo el mundo se preguntaba sobre él y no descansaba hasta que se sabía realmente [...] Pero ya no es así. Cada pueblo y cada pequeño enclave rural está lleno de gente que acaba de llegar e instalarse sin ningún vínculo previo. Y la gente llega... y todo lo que usted sabe sobre ellos es lo que ellos dicen de sí mismos.

El distinguido profesor Alan Jacobs, de Baylor University, hace un muy buen análisis al respecto: “ese es, en resumen, uno de los principales problemas de la modernidad”. En su ensayo *Miss Marple and the Problem of Modern Identity* explica cómo la noción de identidad en el Reino Unido y Europa está relacionada con la familia y la iglesia durante siglos, hasta que los gobiernos empiezan a tener una creciente ingerencia manifestada en la expedición obligatoria de documentos, registro, seguimiento y, ante todo, control. Miss Marple habla en una época en la cual circulan más y más carnets de identificación con números consecutivos, tarjetas de raciona-

miento con fotografías y huellas dactilares. A pesar de ello, coincide el inspector, ¿cómo saber realmente quién es quién? Una persona puede aparecer con su cartilla al día, foto coincidente y decir que es tal y cual, pero los archivos judiciales están llenos de individuos que resultaron ser completamente opuestos a lo que parecían.

A falta de un conocimiento directo de los vecinos, las comunidades recurren más a papeles oficiales. Y los países, a pasaportes, un asunto que ha sido objeto de múltiples debates en la historia de Gran Bretaña, en donde apenas se instituyó un formato único y detallado para el documento en 1858, a pesar de la fuerte oposición por parte de quienes lo consideraban una imposición extranjera ajena a toda práctica británica, como criticaba Lord Palmerston, quien fuera primer ministro. Al final, el gobierno logró la reforma aduciendo que era “necesaria para la participación plena en la Europa moderna”, como señala Jacobs, y estableció un modelo que fue seguido por otras naciones. Tan solo unas décadas atrás, los pasaportes británicos variaban, bajo un solo nombre cabeza de familia se inscribían otros tantos, no siempre legítimos parientes; los datos incluidos eran escasos, no se decía si la persona era súbdita del Reino, y no siempre eran aceptados en otras fronteras; tanto que algunas personas preferían sacar pasaportes en las embajadas de otros países, por ejemplo, la de Francia en Londres.

Una de las promesas de la campaña pro-Brexit ha sido precisamente “recuperar” el pasaporte azul británico (aunque el color no es un mandato de la Unión Europea) como signo de “independencia”. Mucho ha pasado desde que Agatha Christie dejaba traslucir en algunos diálogos las preocupaciones más existenciales latentes en la Inglaterra de la postguerra, aquellas sobre la identidad propia, el sentido de pertenencia, y la identidad como nación eximperio. Con el tiempo y mucha celebridad, la autora se volvió cada vez más celosa de su intimidad. Laura Thompson, que ha investigado ampliamente sobre ella, escribe que se convirtió “en su propia imagen: una matrona afable de cabello gris, sentada junto a la chimenea, en un mundo que era eternamente 1932”. De forma excepcional, esa imagen, en ese cuadro,

continúa capturando la atención internacional en el siglo XXI, en sus libros y múltiples adaptaciones a la televisión, cine y teatro, haciendo pensar al mundo, una y otra vez, sobre esa Gran Bretaña que hoy, entre recuerdos de vida rural en donde todos se conocían, visiones conflictivas sobre todo lo extranjero, polemiza sobre su propia identidad.

Mientras tanto, las estaciones del año pasan por Cholsey y el cementerio de St. Mary, en la iglesia fundada por aquel rey que quedó para la historia conocido como *The Unready*, “El Malaconsejado”. ¿Un guiño de Christie y su esposo para los políticos del futuro? Es mucho especular, pero he ahí también una idea acerca de quienes gobiernan la Gran Bretaña contemporánea. **U**

**Referencias**

Todas las fuentes disponibles fueron consultadas por última vez el 4 de febrero 2019.

Bell, I.; Daldry, G. (ed) (1990). *Watching the Detectives: Essays on Crime Fiction*. Londres: Palgrave Macmillan.

Christie, A. (2007). *A Murder is Announced*. Londres: HarperCollins.

Jacobs, A. (2015). Miss Marple and the Problem of Modern Identity. *The New Atlantis*, 47, pp. 18-30.

Morgan, J. (1985). *Agatha Christie: A Biography*. Nueva York: Alfred A. Knopf.

Ro, C. (2018). *Agatha Christie shaped how the world sees Britain*. BBC Culture: <https://bbc.in/2Q1SYE1>

Taylor, A. M. (1990). Home is Where the Hearth Is: The Englishness of Agatha Christie’s Marple Novels. In *Watching the Detectives* (pp. 134-151). Palgrave Macmillan, London.

Thompson, L. (2009). *Agatha Christie’s private life would have stumped even Poirot*. The Telegraph: <https://bit.ly/2E8UvKH>

Thompson, L. (2018). *Agatha Christie - A Mysterious Life*. Nueva York: Pegasus Books.

**Lina María Aguirre Jaramillo**  
 Doctora en Literatura y periodista. Investiga sobre temas relacionados con literatura, arte, narrativa de viajes, ciencia y comunicación. Es docente e investigadora miembro del Grupo de Estudios Literarios GEL de la Universidad de Antioquia.

